

**Conversatorio “El Futuro de la Socialdemocracia” a cargo del ex presidente del Gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapatero.**

**2 de diciembre de 2021**

**Auditorio HIR, World Trade Center, Ciudad de México.**

Muchísimas gracias por tus palabras. Muchas gracias por esta invitación que valoro con afecto, y que además me permite reencontrarme con personas queridas.

Haré algunas referencias personales, inevitables en este tipo de intervenciones, y voy a empezar por Josefina, que representa tan bien esa España que se tuvo que ir y que México acogió, la España del exilio. En las ocasiones en que he tenido la oportunidad de estar con las personas del exilio español en México, he vivido los momentos más emotivos, los más gratificantes, porque lo mejor de la relación entre nuestros dos países es la historia de esos españoles acogidos aquí. España nunca olvidará la generosidad de México en tiempos del presidente Cárdenas con miles y miles de nuestros compatriotas.

Esta convocatoria al diálogo sobre la socialdemocracia es quizá una buena manera de afirmar la socialdemocracia, porque si la socialdemocracia ha tenido un desarrollo histórico que le ha llevado, sin duda, al menos en el continente europeo, a ser el proyecto político que ha logrado una realización más perfecta de la democracia y de la cohesión social, el proyecto político que más se ha acercado a ese ideal en donde la libertad y la igualdad caminan de la misma mano y pueden ofrecer una dignidad a todos los ciudadanos y ciudadanas... si algo caracteriza a la socialdemocracia, en mi opinión, es precisamente el diálogo, el debate, la deliberación, la convocatoria al intercambio de ideas, el afán por el conocimiento. Si algo caracteriza a la socialdemocracia, que es hija de la Ilustración y siempre está del lado de la ciencia, nunca del lado del fanatismo, de la exclusión o de las visiones únicas, es la capacidad de comprender, de integrar, de adaptarse.

Eso es la socialdemocracia, un querer vivir juntos desde una realidad razonable, desde el compartir un mínimo común. Un querer vivir juntos, no se nos olvide, porque a veces pensamos que la democracia es, solo o principalmente, un marco para competir, y no es así. La democracia es, ante todo, un procedimiento para vivir juntos, para convivir, a partir de la diversidad, a partir de la pluralidad, y eso implica excluir el odio y el fanatismo, fomentar el diálogo, renovar los afectos, recordar lo que se comparte, fundamentar y solidificar los grandes consensos que hacen que la democracia sea el sistema político más deseado, más digno y que más cauces de libertad ofrece.

La socialdemocracia es heredera de los movimientos que en busca de la libertad y de la dignidad se extendieron por el Siglo XIX en Europa. Yo pertenezco a un partido, el Partido Socialista Obrero Español, que tiene 142 años de historia, el segundo partido socialista o socialdemócrata más antiguo del mundo después del SPD, el Partido Socialdemócrata alemán. En nuestra dilatada historia, hemos mantenido siempre firmes los compromisos en favor de la libertad y de la igualdad, con el afán social por el mejoramiento de los humildes, por la dignidad de todos y cada uno de los seres humanos.

No se puede separar la defensa a ultranza de los valores democráticos de la aspiración social, es más, sin un buen fundamento democrático como proyecto político, sin un buen fundamento democrático como país, seguramente las conquistas, los avances sociales, solo pueden ser efímeros porque lo que caracteriza a la socialdemocracia es ese afán sostenido de proteger a cada niño, a cada niña, a cada hombre, a cada mujer, y de hacerlo *desde la cuna a la tumba*, mediante derechos, no mediante políticas graciables o concesiones, mediante derechos subjetivos, universales, realizables, exigibles, por mor de las leyes democráticas.

Esta unión de una visión democrática con una aspiración social es lo que ha llevado al continente europeo, a la Unión Europea, a la mayoría de los países que la integran, a alcanzar las cotas más altas de bienestar, con respeto a la democracia y a las leyes.

¿Qué hay detrás de la socialdemocracia? Detrás de la socialdemocracia hay un acuerdo, un acuerdo entre el capital y el trabajo, un acuerdo de fondo, digámoslo de manera sencilla, entre el capital y el trabajo, al que se llega después de lo que representó la Revolución Industrial, que cambió la historia, la economía, la capacidad de generar riqueza, pero que al tiempo generó las mayores injusticias en perjuicio de los trabajadores. Como consecuencia de la reacción de los mismos ante esas desigualdades, pues no olvidemos que los movimientos políticos de los trabajadores, los movimientos sindicales que surgen y crecen a partir de la segunda mitad Siglo XIX, son fruto de la Revolución Industrial en última instancia, se produce una gran confrontación, de muy diversas consecuencias, que la socialdemocracia trata de resolver con un empate, como a mí me gusta decir, un empate histórico que alumbró la economía social de mercado, con una economía que debe funcionar y con una sociedad que debe tener la solidaridad como elemento central para que nadie se sienta excluido.

La socialdemocracia reivindica, así, que razonar económicamente no es conspirar socialmente, que las lógicas económica y social son complementarias, es más, que para hacer una buena política social hay que hacer una buena política económica, y eso nos

distingue de otras fuerzas políticas más hacia la izquierda que consideran que se puede llegar al paraíso de un día para otro, sin esfuerzo, o sin prestar apoyo a las fuerzas productivas, un apoyo que descansa, sobre todo, en la innovación en la ciencia, en la educación, en el desarrollo tecnológico...

Ese desempeño de la socialdemocracia, de sus valores, no ha sido solo fruto de la acción de los partidos socialdemócratas o socialistas, se trata de un desempeño y de unos valores globalmente europeos. Que se han desarrollado y afirmado tanto con gobiernos de centro-derecha como de centro-izquierda, con matices y aspectos diferenciales entre ellos, claro, por supuesto, pero que permite afirmar que la social democracia o la democracia social es la columna esencial del proyecto de la Unión, de los países europeos. Es tal la fuerza, por ser tan razonable, de un proyecto político que defiende a la vez, como inseparables, la democracia, el pluralismo, la separación de poderes, el respeto a la ley y la cohesión social, que no puede sorprender que exprese los ideales de convivencia de una comunidad que integra a más de 500 millones de personas.

Representa, pues, un gran salto de la civilización, que ha encontrado en la Unión Europea, hasta ahora, el marco más adecuado para su desenvolvimiento. La conciencia de este logro histórico explica que, personalmente, como progresista, me haya sentido desde mi juventud tan socialista como europeísta, habiendo incorporado en la madurez otro vector en mi pensamiento político de tanta fuerza como los anteriores: el feminismo (creo que fui el primer político que se declaró *feminista* en España). De modo que, si me pregunto ¿qué soy? ¿cómo me siento a la hora de definirme en términos políticos e ideológicos...? diría que en la misma medida, con un grado de compromiso semejante, tan socialista como europeísta y feminista. Son, desde mi punto de vista, las tres, manifestaciones de un mismo compromiso con la democracia.

Un proyecto político así es consecuente con una visión de la equidad social que tan elocuentemente se ha puesto de manifiesto, como si se tratara de la materialización de una utopía, con la vacunación de los europeos. Nos hemos vacunado los 450 millones de ciudadanas y ciudadanos que pertenecemos a la Unión Europea, todos equitativamente, al mismo tiempo, en las mismas condiciones, los países menos ricos, como Rumanía o Bulgaria, y los países con mayor renta per cápita, como Holanda, como Irlanda, respetando, por supuesto, primero las generaciones más veteranas, pero todos al mismo tiempo, y de acuerdo con la distribución organizada por la Unión.

Tenía que haber sido así en el mundo en su conjunto, porque los derechos básicos, igual que los bienes públicos, son universales, deben ser universales, se nazca dónde se nazca, ya sea

en un país rico o en un país pobre. Imagínense qué paso para la humanidad hubiera sido ver cómo en Etiopía se hubiera vacunado al mismo tiempo que en California y con la misma equidad... seguramente hubiéramos hecho despertar al mundo de una ambición y de un sueño realizable y posible. En Europa lo hemos hecho gracias a esa voluntad socialdemócrata igual que hemos hecho un plan de recuperación de la economía respaldándolo con los recursos de todos los países, solidariamente, para que los que más dificultades tienen puedan invertir y acelerar su recuperación... y hasta por cuatro vamos a multiplicar la capacidad de inversión. Y llegará un momento, en este proceso civilizatorio que es la Unión Europea, en que los ciudadanos alemanes u holandeses cuando paguen sus impuestos no se pregunten siquiera si se destinan a hacer carreteras en Grecia o en Portugal, porque asuman con naturalidad que Europa es una comunidad a todos los efectos.

Este es el gran desafío que, adentrándose en el siglo XXI y teniendo muy presente la experiencia del siglo anterior, afronta nuestra civilización, la civilización de la inteligencia artificial, de los *big data*, de la computación... cuya complejidad no sabemos bien cómo va afectar a las democracias a nuestras vidas, a la sociedad, a la igualdad... el desafío de comprender que todos los problemas y todas las crisis son ya globales - da igual que se trate de una crisis financiera, de la pandemia, o de las consecuencias del cambio climático -, que somos una sociedad global pero que no tenemos nada que se parezca a un Estado global, nada que se asemeje a un gobierno global, y sí solo a una muy débil gobernanza internacional...

El proyecto de la unidad europea puede servir de modelo para abordar este reto, dados sus resultados después de la historia que lo había precedido y que no nos permitía dar lecciones a nadie: veinte siglos de guerras en el continente, veinte siglos, desde el Imperio Romano, de guerras prácticamente ininterrumpidas, hasta que el horror de la Segunda Guerra Mundial provocase una reflexión colectiva de fondo y entendiéramos que el primer designio de la democracia era, es, vivir juntos y en paz.

A este proceso civilizatorio deberíamos sumar la unión latinoamericana, otra utopía realizable, algo así como la segunda independencia de las naciones latinoamericanas, su unión en torno a un proyecto político de ciudadanía, de equidad y de influyente presencia en el mundo. Un reto a encarar a partir de una visión socialdemócrata de la comunidad política.

Porque la socialdemocracia, que ha permitido al PSOE ganar elecciones y gobernar más tiempo que ninguna otra fuerza política en España, adquiriendo un peso semejante al del Partido socialdemócrata alemán, es siempre un proyecto abierto, una promesa. La

democracia es la lucha por la democracia; los derechos humanos son la lucha permanente por su afirmación. Tras cada conquista de un nuevo derecho, se abre la expectativa de otro nuevo derecho a conquistar, con un hilo conductor que es la lucha contra la discriminación, contra las diversas formas de dominación.

... La discriminación repugnante de la esclavitud que todavía se veía con naturalidad en la época de las revoluciones liberales. La discriminación de los trabajadores, tras la revolución industrial, de cuya lucha surgirán el derecho a la seguridad social, el derecho a las prestaciones en caso de accidente, baja laboral y desempleo, y a la negociación colectiva... Y la discriminación más constante, la más incomprensible, la que requiere de una verdadera rectificación de la de la historia que es fundamental para el futuro... la discriminación de las mujeres, la lucha contra la discriminación de las mujeres, que apenas tiene un siglo de vigencia frente a siglos y siglos de olvido, de marginación, de dominación masculina, de utilización -digámoslo así- de las mujeres por los hombres. Y cuya expresión más lacerante, más intolerable, más insoportable, la que denigra a una sociedad -desde luego a quien la perpetra pero también a quien permanece en silencio ante ella- es la violencia de género, el machismo criminal, que solo admite como respuesta la reacción social y jurídica más contundente. Si abrazamos la democracia, y nos sentimos socialdemócratas, debemos liderar el movimiento contra la discriminación más dura, más insoportable, más indigna, que es la que supone esta violencia ejercida sobre las mujeres, por el hecho de serlo, por el impulso del sentimiento de propiedad experimentado hacia ellas por algunos hombres.

¡Quedan siglos de pedir perdón a las mujeres! ¡... cada vez que recuerdo que, en mi país, una nación antigua, en tiempos muy poderosa, las mujeres tardaron 700 años en llegar a la universidad! Sí, porque la Universidad más antigua de España, la Universidad de Salamanca, bien conocida aquí, tiene más de 800 años y la primera mujer universitaria que accedió a ella solo pudo hacerlo hace poco más de 100 años. ¿Cómo es posible que esto haya pasado? O, ¿cómo es posible que la esclavitud conviviera con la democracia en Gran Bretaña, en Estados Unidos...? ¿Cómo se le pudo llamar democracia en tanto subsistiera esa bochornosa forma de dominación de unas personas por otras? Si solo hay democracia sin discriminación entonces quizá la democracia sea una conquista muy reciente en la historia que debemos de preservar.

Porque, si pensamos ahora en la discriminación de las personas por su orientación sexual, en tantas de ellas que fueron humilladas, marginadas, o sancionadas por querer ser libres, por querer amar a las personas de su elección... ¿cómo es posible que las sociedades en que tal cosa ocurría se llamaran democracias?

Recuerdo que cuando en mi país aprobamos la Ley del matrimonio entre personas del mismo sexo, el mismo día en que lo hicimos dije ante el Parlamento, que no estábamos legislando para seres extraños sino pensando en nuestros propios amigos, en nuestros vecinos, en nuestros familiares... Fue en 2005, España fue pionera, en la actualidad más de 40 países se han sumado al reconocimiento del matrimonio igualitario.

O pensemos en la discriminación de las personas con discapacidad, donde siempre queda tarea por hacer. Si me permiten volver a poner el ejemplo de mi país, que cuenta ya con una legislación avanzada, recientemente ha introducido dos reformas de relieve, para reconocer el derecho de sufragio a personas con discapacidad intelectual y para prohibir la esterilización de las mujeres con discapacidad...

Y es que el esfuerzo por otorgar plenos derechos, por procurar el más amplio disfrute posible de la condición de ciudadanía, a todas las personas, es propio de las sociedades dignas y una prioridad para el socialismo democrático. Porque es compromiso con la democracia, es compromiso con la equidad, Si vamos combatiendo las discriminaciones de todo tipo, económicas, culturales, sociales, que la historia ha ido drenando estaremos más cerca de cumplir el sueño que abrigaron los padres de las revoluciones norteamericanas y francesa de conformar una sociedad de *semejantes*, de ciudadanos y ciudadanos igualmente libres.

Y en el siglo XXI, el de la globalización, la socialdemocracia no solo ha de contribuir decisivamente a construir una comunidad política internacional que merezca tal nombre, sino también a abolir la pobreza en el mundo. No es posible, no es tolerable, que coexistan en el mundo la pobreza ilimitada y la riqueza ilimitada. No podemos tener una riqueza ilimitada y a la vez una pobreza ilimitada. La socialdemocracia tiene que abrir claramente el debate sobre la limitación de la riqueza.

Porque esto engarza con la función redistributiva clásica de la socialdemocracia. Y con esto quiero ir terminando. No puede haber un proyecto político que se llame socialdemócrata si no es redistribuidor, una redistribución perseguida a través de dos cauces: uno, la predistribución y dos, la distribución fiscal. La predistribución es muy clara, son básicamente dos cosas: el salario mínimo interprofesional y la capacidad de los trabajadores de influir en la determinación de los salarios y demás condiciones laborales a través de la negociación colectiva, en un sistema donde la formalidad, el cumplimiento de la legalidad laboral, debería ser un requisito imprescindible para un proyecto socialdemócrata.

Y, en relación con esto último, les quiero hacer partícipes de una experiencia personal: una de las satisfacciones mayores que tuve como Presidente de Gobierno fue la de haber impulsado, en 2005, un proceso de regularización masiva de inmigrantes que estaban *sin papeles* en mi país, casi quinientas mil personas, en torno a un 60-70 por ciento de latinoamericanos. Se llevó a cabo a través de un procedimiento incentivador, en el que participaban los empresarios, que funcionó bastante bien. Y que nos permitió descubrir, por ejemplo, que decenas de miles de empleadas de hogar en España trabajaban sin cotizar a la Seguridad Social y, por tanto, sin derechos de protección social. Con la regularización, empezaron a disfrutar de ellos, y todavía es el día que me encuentro a alguna de esas personas, o a sus hijos, y me recuerdan la medida que tomamos entonces.

Esa fue una iniciativa típicamente socialdemócrata y les diré que las conquistas en la historia pueden obedecer a dos circunstancias: una, a la fuerza de los movimientos sociales -el feminismo llegó a la política, pero empezó en la sociedad, en aquellas valientes sufragistas a las que nunca rendiremos los homenajes suficientes...-; dos, a decisiones de los Gobiernos tomadas a pesar de que puedan parecer audaces en su momento o difíciles de defender ante determinados sectores sociales. En mi visión de la política y de la socialdemocracia, los progresistas sólo ganan las elecciones desde las ideas, desde un buen debate de ideas que abra la mirada a la ciudadanía, que la movilice, y para ello es necesario que se perciba que el liderazgo se ejerce desde las propias convicciones y la capacidad de jugártela y arriesgar políticamente en la defensa de las mismas.

Distribución fiscal. No hay un camino distinto para redistribuir que pagar impuestos. La socialdemocracia lo sabe. Ahí están las cifras. Hace falta el 40-45 por ciento del PIB en impuestos para que haya una sanidad universal, una educación pública y con becas suficientes para que nadie se quede sin estudiar por falta de recursos, unas pensiones que lleguen incluso a los que no han cotizado lo suficiente, una atención mínima a las personas en situación de dependencia... todo esto no es posible sin impuestos basados en la progresividad, es decir, en el patriotismo, porque el verdadero patriotismo no consiste en ondear una bandera o en evocar victorias o héroes militares. Patriotismo es cumplir con tu país. Las élites de los países son los que deciden qué patriotismo se conforma: el patriotismo de pagar impuestos o el patriotismo de justificarte con que el Estado no funciona, con que es un despilfarro, con que hay corrupción... Son excusas, excusas, esos riesgos existen siempre. Patriotismo es contribuir a la cohesión social de tu país y no sacar los capitales fuera de sus fronteras.

No habrá ninguna posibilidad de crear y mantener una red de derechos sociales, de limitar la pobreza, de reducir las desigualdades, si los sectores que tienen más riqueza no se

comprometen solidariamente con su país. Porque ¿qué significa formar parte de una comunidad nacional, vivir en un país? ¿Qué es, de verdad, sentirse mexicano y mexicana? Pues que compartes un destino, y que ese destino común -hoy por ti y mañana por mí- es incompatible con que unos vivan en la indigencia y otros en la opulencia más absoluta. ¿Y cómo se fragua y se materializa esta convicción? Con la política, con el diálogo, con los procedimientos democráticos, nunca a través de otras vías, porque socialdemocracia significa persuasión, tolerancia, convivencia pacífica.

En México, como en muchas partes de Latinoamérica, hace falta un gran proyecto socialdemócrata. Y se empieza siempre, o se avanza, en diálogo con la sociedad, demostrando que se está dispuesto a arrimar el hombro por tu país para realizarlo.

En democracia es fácil oponerse, lo difícil es construir alternativas, porque hacen falta ideas y voluntad de diálogo y de pacto para llevarlas a la práctica. La alternativa comporta riesgo pero en el riesgo es donde está siempre la victoria.

Muchas gracias.